

FELIPE MASSIANI

La viveza

INTERPRETACION DE UNA ACTITUD COLECTIVA

GENEALOGIA DEL VIVO: EL PICARO

EL PERTENECER a un período histórico determinado, el vivirlo o vivir en él, predispone a ciertas limitaciones.

Es la verdad. Los hombres cuya vida, nuestra vida, está inmersa en la modernidad de hoy, estamos condenados fatalmente a presentir apenas, a quedarnos a mitad de camino e imaginarnos con dificultad los acontecimientos, las criaturas y las cosas de tiempos en ocasiones no tan remotos. Y de aquella dificultad o casi impotencia, el que existan exponentes, manifestaciones de lo hispánico, los cuales trabajosamente encontrarán imagen o representación adecuada en la mente del hombre común, y esto último para siquiera aproximarse a lo externo, a la fisonomía de muy viejas culturas vivientes. Ocurriría lo expuesto, con el caballero, el fraile o el juglar medievales; o con ese jugoso fenómeno histórico y humano que fué el pícaro español.

¿Encontraría, por ejemplo, el ciudadano coetáneo nuestra representación cabal para el "pícaro" en la vida de todos los días, acudiendo al cine, al relato o al teatro, que son algunas de sus fuentes de información? Creemos que no. El anónimo protagonista de la 42 Street, el vecino de la calle Ahumada de Santiago de Chile o el venezolano de Caracas, tomados así al azar, al ser interrogados en la encuesta de un diario americano acerca del "Pícaro", seguramente localizarían en sus recuerdos de novela policíaca algún folletinesco engendro brotado de la imaginación del escritor. Para el buen vecino aquello sería el pícaro.

Pero lo de hoy no tiene nada que ver con lo de ayer, como el "gangster" no es siquiera el pariente lejano del pícaro.

Cuando los hombres actuales nos detenemos con amor en España, reflexionamos

en ella y en el misterio del "ser" español, nos vamos reencontrando día a día, año en año, a través de la propia madurez vital, como una especie de moneda cuyo destino fuese cabalmente inverso al de otra, al metal cuya efigie y cuyo valor se van engullendo la ambición y los días. Suele acaecer así con cualquier castiza manifestación o fruto de lo hispánico: el plebeyo gozoso y en ocasiones patético lirismo del Arcipreste, cristalino y ambiguo, el humor ibérico universal del Quijote, o esa anárquica avidez de Dios de Teresa de Jesús, suelen ser espuela, fertilizante de algún discreto pensero de hoy. De esta manera, lo "picaresco" también constituye uno de los caminos, de las claves esenciales para acercarse de una vez a lo español. Y tiene esa virtud por lo que fué el pícaro y por lo que en textos venerables atesora acerca de la naturalidad, honda reigambre de un pueblo.

Lo que hoy poseemos en noticias y datos para llegar a la exacta comprensión del pícaro es poco y mucho a la vez (todos tenemos en nuestra carpeta alguna ficha tomada de Pfandl o de Chandler). Para entender el fenómeno social y la actitud humana "picaresca", se nos ofrecen, cuando lo solicitamos, los contornos dominantes del acontecer histórico de aquella España —centurias XV, XVII, XVIII—, que, sin duda, guardan alguna unidad interior. Se nos da, repetimos, la anatomía de los acontecimientos españoles de aquellos tiempos. De esta manera, el hombre, cualquier hombre, fortunosamente curioso de estos años, o el "scholar", puede intuir algo de lo que fué el hombre español de entonces. En aquella actitud humana, si se quiere, hasta conmovedora. Sobre todo, pensamos, si el interesado, para redondear lo otro y completarlo, posee la experiencia de algún español de hoy que conserve algo del "pícaro", que en cierto modo tenga algo de él, y cuya fisonomía moral, entonces, recuerde

un tanto o empalme con precisión en el mecanismo ético del español de otros días.

Aquello sería y es una manera de pesquisaje, un método sencillo, pero sin duda utilizable cuando de algún modo queremos y necesitamos explicarnos, al menos no muy indirectamente, el encuadramiento histórico, la atmósfera social del español aquel que fué el Pícaro. Pero el denso documental de historias, tratados y monografías respetables no nos permiten atrapar totalmente ése como aroma inconfundible e intransferible, que constituye la intimidad humana de algo o de alguien. Sin duda, cuando escolares nos interesamos como en una novedad con la explicación sociológica. Nos entusias mó en aquellos días. En el siglo XVI, se nos enseñó, se produce el fenómeno del Pícaro. Fué un momento histórico en que aún la nación española está en pleno superávit vital, acaso en el vértice de su cenit. Todavía no ha derivado hacia aquel declinar que trajo hasta la quiebra de sus más esenciales valores morales. Sin embargo —continuaban—, ya en aquel siglo comienza la descomposición subterránea, los privilegios son goce de las clases altas y carga sobre la espalda de los villanos y hasta de los hidalgos. Entonces, recordamos: la lógica económica sentenciaba paradójicamente escolástica: El Pícaro, en cierto modo, es como la reacción o la expresión del instinto de defensa, de supervivencia de unas clases; y ya luego, el impulso elemental, ante la conducta implacable de una sociedad, devendrá y madurará en postura filosófica. Manuel de Montoliu define cómo el pícaro español representa un concepto de la vida esencialmente español. El español —escribe— tiene una tendencia innata a huir de la vida. La receta o fórmula de este huir es varia y circunstancial. El fugitivo adopta una técnica distinta, según sea la clase social a la que pertenece o el nivel de la educación intelectual. Y explica finalmente que, altos poetas y escritores de aquella diríamos marea humana de hidalgos hambrientos y escuálidos, profesaron cada cual a su modo esa forma original de la doctrina estoica del menosprecio del mundo; y se ingeniaron de mil maneras para evadirse —concluimos nosotros—, de una sociedad que en cierto modo casi hacía de neumática sobre aquellos. Y en el penetrante enfoque de Luis Sánchez Trincado, mi inolvidable compañero del Instituto Pedagógico Nacional de Caracas, el pícaro aparece como el más dinámico perseguidor de su perfección. Se

fía sólo a sí mismo. Se despoja de toda pasión, es impasible. Los sentimientos, las pasiones, serían sus únicos vicios. Esto, define con tino el profesor español, “es estoicismo puro”.

Mas, lo que deseamos expresar ahora es que, ni el más tenaz y ducho olfateador del alma de una época y un olor humano muy peculiar, alcanzan a entregarnos al “Pícaro” con tal desnudez confidencial, como cuando el propio interesado se mueve y viaja y acaso platica acerca de los otros y acerca de sí mismo.

Nos dijimos, leyendo al *Lazarillo*, que de algo vale en la vida la situación vital, el papel, rol o ministerio que desempeñamos en ella, porque de los varios destinos y de los muchos amos, se alimentaba aquella filosofía del mozo apicarado, muy pueblo español, muy donairoso y profunda; y acaso en ocasiones cargada del sentido de la dignidad humana. Pero a la vez advertíamos algo curioso, algo que, reflexionando sobre ello, nos sabía a sistematización, a lo que es ya teoría, preceptiva, gramática del proceder; y que en su principio, en la sensación elemental y primigenia, no fué otra cosa, sino el oler al hombre del pobre *Lazarillo*.

Y eso, el roce diario y lacerado con la vida, sus secretos y ardidés, el sustentáculo o soporte y hasta la fuente de aquella precisión en el conocimiento de ciegos, clérigos, escuderos y otros personajes, que fuéronle saturando de ellos mismos, embebiéndole de sus pasiones, flaquezas, debilidades y miserias, de su cotidiana aura humana. Caballeros de media talla muchos hallé —expresa el *Lazarillo*—, mas es gente tan limitada que no les sacarán de su paso todo el mundo. Lo que vale, huelga decirlo, por: eran los canónigos tan angostos, estrechos, tan carentes de pensamiento imaginativo y por ende tan incomprensivos, que esto es: muy poco les sacarían de su paso; o lo que es lo mismo: les obligarían a caminar más de prisa; lo que es ya aludir a la imaginación, a la comprensión, al cambio, a la aventura de alzar el rostro por sobre las tapias de lo acostumbrado y familiar.

¡Sólo que el *Lazarillo* lo dice tan llanamente!

Elegí al *Lazarillo* cuando meditando en el tema del Vivo, urgióme la necesidad de hallar algo como pintura, o grabado, o mella, o efigie, o estampa vieja de los ascendientes españoles de aquel personaje americano. Entonces, parecióme que el La-

zarillo era suerte de daguerrotipo del abuelo del Vivo. Con certeza aquello era el cabo de la estirpe de alguna ignorada figura de la Castilla o de la Extremadura del Descubrimiento y de la Conquista.

Es fácil el que se suscite en cualquier lector americano la sensación de un indudable parecido entre el pícaro y el vivo; porque cuando frecuentamos el mundo de la picaresca y sentimos el aliento del pícaro y su afilada filosofía, y tenemos al hombre por delante, y lo examinamos, nuestra sensibilidad hispanoamericana da un bote. Por un explicable y espontáneo viraje, se va veloz a buscar en el archivo de lo interno los rasgos de alguna conocida personalidad; como en la calle, sorprendemos en el rostro del viandante que pasa algo indefinible, cuya presencia trae a nosotros el recuerdo del amigo o del pariente.

Sentimos, pues, muy sin dificultad el parecido misterioso, el indudable aire de familia que existe entre el Pícaro y el Vivo.

Además creemos que no se requiere de sentidos muy alertas y penetrantes, para llegar a pensar que en el pícaro hay ya mucho de la pasta humana, de la textura anímica del Conquistador del XVI.

Porque, sin duda, estuvo presente en la Conquista un Hernán Cortés, iluminado de decisión, de heroicidad y de genio. Y a su lado un Jiménez de Quesada y hasta un Ercilla y un Bernal Díaz de Castillo.

Pero los más fueron buenas gentes de puños duros y de deseos violentos, turbulentos, desenfadados y sufridos hombres de España, que se trajeron para América lo que llenaba sus almas y animaba sus voluntades; lo que se agitaba día a día en sus espíritus; y lo que les dolía y apetecía en los cuerpos. Es decir, se trajeron los españoles de la Conquista para América la atmósfera, el clima moral de la Picaresca. Se trajeron aquello, y no por otras cosas, sino porque muchos lo eran: pícaros.

Cuando en Don Tulio Febres Cordero, leemos el relato de la fundación de alguna de nuestras internadas y viejas ciudades venezolanas, Trujillo o Santiago de los Caballeros de Mérida, por un mínimo esfuerzo o deslizarse de la sensibilidad, sentimos como si emergiera de entre las sombras y se alzara quedamente a nuestro lado un rostro voluntarioso de magro perfil, muy Greco o muy Velázquez; y oímos, como si exclamara una voz llena, en el ritual parco y emocionante del nacimiento, en la tierra de América, de una villa castellana.

—Yo, Rodrigo Suárez, vecino de Extre-

madura, cristiano viejo y soldado del Rey, aporto mi lanza, esta espada, un asnillo y un celemín de trigo.

Pero podría añadir asimismo el extremo:

—Y aporto mi gente conmigo.

Porque fué así.

En carabelas y galeones arribó la humanidad, la parentela inmensa de los Pablos, de los Lazarillos y de los Estébanes; y no habiendo viajado ocultos en la sentina y agazapados en el vientre de los barcos; sino que muy a menudo junto a la borda, cerca del mar, por donde debería emerger alguna madrugada el semblante mágico de las Indias: el nuevo horizonte de hazañas.

Viene 1492, y ocurrirá luego en América ese interesante fenómeno de la americanización del español, cuyas características y desarrollo conocemos hoy tan bien.

La lujuria, cuya atracción pendía del paisaje como del árbol o de los altos senos de las Indias, abrió camino por entre la sensibilidad de ese español del XVI; ya de por sí complejo de sensitivas y apasionadas sangres. Historia, y relatos y hasta violencia y codicia, presentes en la sanguinea épica de la Conquista. Después, ya consolidada la Conquista, madura la Colonización, encontramos en nuestra historia americana, en relaciones de virreyes, en cartas y documentos de altos funcionarios de la Corona, y hasta en la biografía de algunos virreinos y ciudades, la existencia de largos capítulos, dedicados a explicar y a describir el prodigioso florecimiento de la fauna española, y mestiza y mulata, de vagos aventureros y delincuentes, que pululaban en los suburbios, en los intersticios y en periferia de lo urbano colonial. Aquellos indeseables pobladores que están en la sombra de los paseos, de las fiestas, de la cotidiana existencia de las cortes virreinales, esa multitud pintoresca, heteróclita y primitiva, olla podrida de las poblaciones populares, en la que bullen y se cuecen instintos y tendencias, e inquietudes y condimentos raciales, que algunos investigadores señalan como de los más fundamentales factores del barroco americano, caldo de cultivo como quien dice de un interesante ejemplar de nuestra sociología mestiza: del vivo.

Enrique Bernardo Núñez, cuyo *Don Pablos en América*, tal vez fuera inconsistente espuela de este ensayo, ha visto con finura lo que acaeció: "De cuantos individuos pasaron a las Indias en las naves de

España, Don Pablos es uno de los más dignos de estudio. Su figura descuellos entre las barbas de los hidalgos y las de héroes y santos que hollaron los caminos del Nuevo Mundo. A menudo la voz de estos últimos se perdió entre las ruines burlas del buscón, y su influencia dejó raíces tan profundas que ya el árbol del linaje de Pablos cubre el inmenso trópico”.

Desde entonces, añadiríamos nosotros, en los registros de los pícaros se comienza a anotar multitud de nacimientos de unas nuevas criaturas: los vivos.

Del amor de la india brotaron multitud de cachorros, pero se les agitaba en las venas, junto a otros hervores cósmicos, la generosa agitación vital de quienes como el soldado narrador Bernal Díaz del Castillo expresaron con entereza y sobriedad: “De América sólo sacamos un lanzazo en la tráquea y el amor de una india hermosa.”

Con el mestizaje nace y echa a andar por los caminos una nueva estirpe: la de los Vivos.

Pero esa es ya otra historia.

SOCIOLOGIA BREVE

Cuando en la vida diaria contemplamos a veces algunos ejemplares humanos, hacemos la observación de que están singularmente dotados para captar la realidad rápidamente y sin titubeos; para ubicarse en un medio ambiente cualquiera con perspicacia y destreza poco comunes. Afirmamos, entonces, de esa clase de prójimos, que tienen sentido de la realidad. Les asignamos la cualidad de poseer sentido de la realidad, y recordamos con ellos a ese ave marina, el alcatraz, que, en la cercanía de puertos y playas, contemplados desde la infancia, cruzan el aire lentamente, a rás del mar, como vigilando abajo algo en la cresta de las olas; y luego de pronto, certeros, pican sobre las aguas, extrayendo el botín de plata de un pececillo.

Juzgamos igualmente, ante la inspirada y veloz reacción del hombre práctico o realista, estimándola proveniente entre otras cosas de una continua adhesión y ceñimiento a lo terráqueo y doméstico; tan constante como para no despegarse nunca de aquello, ni alzarse jamás y ascender por sobre lo cotidiano. Entonces, es a manera de ilustración, o de aclaración, de aquella postura psicológica del hombre-alcatraz, que recordamos actitudes mentales; no del mismo tipo o naturaleza de la viveza, pero

que pudieran servir de coordenadas, dentro de las cuales instalar por el momento aquella postura humana, con la posibilidad de llegar por una especie de procedimiento eliminatorio, a la hipótesis o teoría de la viveza.

El pragmatismo no es la viveza, la cual tendría más proximidad psicológica con lo que en Estados Unidos se ha llamado expresivamente espíritu de frontera. Por otra parte, no olvidamos cómo en una filosofía de lo español *el realismo* ha llegado a ser hasta noción fundamental con razón o sin ella; y cómo, asimismo, se ha estimado el realismo como una acusada constante de la expresión literaria y hasta de lo histórico. Se señala, en efecto, el hecho de que en el XVI dos formas humanas tan antípodas en su destino como el santo y el conquistador, coinciden, no obstante, en el realismo. Se ha manejado tanto documental y se ha apurado tanto el sentido de lo realista mencionando hasta aquel hermosísimo, “Dios está hasta en los pucheros”, de Teresa la castellana. Pero ahora que en buena hora la hemos nombrado, nos preguntamos: ¿cómo era Teresa de Jesús? ¿De qué modo solía ser realista? Solicitado su ser en mil empresas de propagación de la fe, prodigiosa voluntad, ella la del cuerpo frágil, batiéndose con los encumbrados señores de la Iglesia, rebasando murallas de dificultades para sembrar de conventos el grave paisaje de Castilla.

Buscando otros puntos de referencia acude a la mente también la idea de lo Inglés. Porque a ese gran pueblo se le ha asignado siempre otra clase de sentido de la realidad, cuya posesión lo asiste y capacita como para ser colonizador eficaz y político excelente. Colonización y política inglesa, en efecto, no pierden en ningún momento el contacto o la vinculación con la realidad.

Al pueblo español, repetimos, se le ha definido como “realista”. No obstante, tomados en cuenta historia, arte, expresión literaria, lo mismo le juzgaríamos idealista. Pero lo cierto es que el concepto se mantiene. Ahora, a pocos españoles se les podría hallar realistas a la manera inglesa: es decir, prácticos. En cambio, tal vez si se podrían encontrar algunos españoles con muchas de las características predominantes de lo que en mi tierra llaman vivo.

Pragmatismo, sentido práctico. Realismo español. ¿Se podría aventurar que la viveza, actitud esencial de un pueblo ante la vida, es un realismo mestizo? Tal vez no sería tan descaminado, pero en todo caso,

de admitir aquello, vale la pena pesquisar lo prístino y peculiar, lo permanente, en la individual naturaleza de la viveza. Demos cuenta de algunos hechos verificables hasta para el observador extranjero interesado en nuestras cosas.

El significado oculto, hondo, de esos como estados presentativos, como frases cargadas de sentido, advertencias cuya abundancia es fácil constatar en el folklore venezolano:

Camarón que se duerme se lo lleva la corriente. Al pendejo lo velan parado

La razón de ser o el significado críptico o escondido de tan espontáneas y frecuentes incitaciones e invitaciones a estar vigilantes de que está poblada la lengua, hace pensar que aquello encierra o que aquello es la actualización o proyección en el lenguaje, de un subterráneo proceso de condensación o sedimentación en el alma venezolana, de un elemental apremio o urgencia muy próximo en lo poderoso al aguijón del hambre o de lo libido. La necesidad, decimos, de estar alertas, que viene en el tiempo de muy lejos. De lo contrario, si nos descuidamos, parece decirnos la voz del pueblo: pereceremos.

Se nos formulan en el trato diario en Venezuela, en el corto espacio de un día, una colección de inconscientes arengas o consejos o conminaciones a intensificar la vigilia. La lengua caliente de mi pueblo, el refrán picante y el proverbio escatológico en nuestros oídos golpea a toda hora: importa estar muy despiertos, muy despabilados para seguir viviendo. Concluimos que, allí, en el verbo eficaz y expresivo de un pueblo, palpita soterrada, oscura y no bien formulada una intensa sensación de inseguridad y de peligro. Pretendemos ahora, y apenas por vía de lo observado e instuído, que ese muy específico hecho elemental de conciencia, esa sensación de desconcierto o desazón, subyacente en la lengua aclimatada y adobada en Venezuela, es el recuerdo o la subconsciente evocación de un clima social, en cuyo ámbito hubiese estado inmerso por muy dilatado espacio de tiempo el venezolano. En más breves palabras: que la viveza tiene su explicación sociológica; la que desde luego no pretendemos abordar ahora.

Meditando en estos achaques nativos, recordamos del maestro Sanín Cano una aguda interpretación de la tristeza americana. Señalaba el humanista colombiano entre las posibles causas de la tristeza americana una serie de factores; pero entre

ellos, la inestabilidad política, cuya presión afectaba al hombre de nuestras tierras; pensando el ilustre colombiano que el artista, como el científico y el pensador, requieren de un minimum de tierra segura bajo sus pies. De allí a buscar o tratar nosotros de indagar las causas históricas de aquello hay poco trecho.

Si investigando las razones histórico-sociales de aquella desazón interna del venezolano reflejada en el lenguaje, retrocedemos hasta aquellos iniciales y patéticos días de la Conquista, que pudieron ser los de la incubación y desarrollo de un proceso ulterior de toma de posesión y de permanencia en el subconsciente popular de ese rasgo del pueblo venezolano: la viveza encontramos a ese patético protagonista de nuestra historia: el indio, en tensión, en permanente emboscada, en múltiple actividad de defensa y ataque contra el conquistador.

En la Independencia, por el romanticismo, la mística y el frenesí, edad juvenil de la República, fueron muchos los nietos de Guaicaipuro, muchos criollos mestizos, los que apretaron el fusil de piedra, bajo el garrasí mísero y glorioso de la primera multitud rebelde, o bajo la casaca azul y oro de la República conducida por un Libertador victorioso. En la Independencia, el alma venezolana está otra vez estirada como los tambores insurgentes, estremecida por la inseguridad y el peligro. De nuevo el venezolano va a vivir la vida en zozobra igual a centurias anteriores.

A poco de detenerse un momento en las premisas anteriores, la conclusión es fácil. En el alma colectiva venezolana debieron aparecer primero larvariamente, diseñándose apenas como estados primarios de conciencia, y después cobrar cuerpo y volumen y desarrollarse, actividades, formas y hábitos mentales, que, en el transcurso del recorrido en el tiempo, debieron adquirir consistencia y fisonomía, arraigándose y consolidándose de una vez por todas en la psique venezolana.

Si se nos permite ahora ir rectamente al fondo de nuestro pensamiento, asentamos, entonces, que el venezolano, como ente histórico y como humano actor, ha estado orientando, y acostumbrando, si queremos, su alma a la insurgencia, a la astucia y la cautela. Se nos podría objetar, por lo demás, que el fenómeno no es privativo de aquel pueblo, sino que en otros países americanos ocurrió lo propio.

Pero no sé si al revisar antes, porque era

indispensable, apenas algunos trazos del recorrido histórico venezolano, hemos destacado lo suficiente como para hacerle cobrar su verdadero rango y significado a una noción expectante, a un hecho de dramático alcance, en ese arrebatado, convulso y en ocasiones, sonámbulo fluir existencial de nuestro pueblo. Ese hecho clave se llama: la guerra.

Lo que deseamos hacer ver en todo su alcance e importancia, es que la guerra fué un factor histórico que siguió contribuyendo y manteniendo un clima dado, propicio o proclive a la viveza. Augusto Mijares, sociólogo venezolano, en su ensayo *El pesimismo en la Sociología Venezolana*, sostiene que después de la Independencia quedaron flotantes en el territorio, todavía beligerantes e irrefrenables, como subproductos negativos de aquella peripecia nacional, los valores primarios de los hombres, los impulsos elementales: el valor, la violencia; lo que en conjunto se ha dado en llamar en Venezuela el machismo.

Durante largos años, pues, el pueblo venezolano ha vivido un estilo de vida en el que han predominado la incertidumbre, la provisionalidad, la vida toda puesta al naipe de un azar, la existencia pendiente de un ignorado peligro cotidiano. El sentido de la realidad en el vivo, aparece así como el áspero tema de una sinfonía bárbara, presente durante mucho tiempo en el ámbito de aquella geografía americana.

Digamos entonces, ahora, que aquellos dos períodos históricos corresponden, en el plano psicológico, al tipo del hombre vigilante, astuto, cuya supervivencia o rezago podemos encontrar hoy en cualquier rincón del campo o de las ciudades venezolanas. Podríamos hasta intentar un pequeño cuadro final o esquema de la viveza.

El Indígena

El indio frente al español, como antes en la lucha con la naturaleza, en cada nueva experiencia acumula desconfianza.

La Independencia

El insurgente venezolano, en otro episodio del drama histórico que casi no ha cambiado, otra vez en contienda con el español, acentúa la agresividad y la violencia, sigue siendo astuto. Páez, el héroe llanero de más carácter y prestigio de la Independencia, más tarde Presidente de

la República, tipifica lo que hemos venido sosteniendo.

Guerras Civiles

El venezolano confirma, en innumerables episodios de revoluciones innumerables, una actitud esencial del pueblo venezolano. Tal vez en nuestra Guerra Larga, la de mayor contenido social y de más ricas implicaciones de nuestras guerras civiles, y cuya duración del 59 al 63 suministra una prueba más de su importancia, fué cuando se acentuó más aquella manera de presentarse la vida, aquel destino venezolano en que son notas dominantes: la violencia y la aventura guerrera. La guerra llegó a ser en Venezuela deporte nacional. Abunda curiosamente para demostrarlo una galería de ejemplares humanos, una tipología que surgió de la guerra.

Nuestra historia es bien conocida. Ya hemos recordado al primer protagonista de ella, el indio, un ser acorralado al que se le fijó en el alma la angustia, la dramaticidad de un vivir incruento. Después llegamos al patriota criollo.

De la guerra arranca el capítulo inicial de esa novela revolucionaria del hombre sedentario y doméstico, cuya vida era un remanso tranquilo, sumergido en el hogar y en labores o tareas pacíficas, cuya existencia sufre cualquier día el embate y el arrastre del torbellino revolucionario. El mismo hombre que de pronto, no sabe cuándo, se sintió contaminado como el paludismo de la fiebre o el calofrío guerrero. Hay, como digo, casos simbólicos. Ezequiel Zamora, estampa romántica de nuestra Guerra Larga, electrificante caudillo liberal vencedor en Santa Inés, una de las dos acciones decisivas de la Guerra Federal, es un enérgico ejemplo. Otro, sugestivo, el de un pintor de ascendencia francesa, José Ignacio Chaquert, compañero de Tovar y Tovar, quien estaba en Europa por aquellos años anteriores al 1859 estudiando, regocijándose con el descubrimiento de la pintura clásica de Europa. De pronto tiene que regresar a Venezuela. Cuando llega a nuestros puertos, le da el olor a pólvora justamente de la Guerra Federal. Y dice Gil Fortoul: "Cambió los pinceles por la espada y le hizo a Zamora el impagable servicio de construirle las trincheras de Santa Inés".

Han sido poderosas fuerzas las que han trabajado para formar y fijar en el espíritu venezolano aquella actitud, de la cual es integrante el instinto para olfatear la reali-

dad, para ubicarse en ella con presteza, antes que el adversario invisible y multitudinario lo haya logrado. Un entrañal amigo, llanero de Anzoátegui, me decía que a él lo había hecho bellaco la culebra de agua y la inundación que le mató el ganado. . . y los hombres. De allí, de todo aquello les viene a mis paisanos su poderosa tendencia a "madrugarle al hombre", como se dice en venezolano. Y otra vez el folklore revelador: "Hay que llevar la picada adelante".

Como los huracanes que en determinados meses azotan casi periódicamente la América media, y en ocasiones la bella Luisiana, la guerra llegó a ser para los venezolanos un fenómeno natural. Así el labrador, curvado sobre el conuco, sentía la tragedia oculta, pendiendo del azul estremecido de Venezuela. El campesino presentía que podía llegar en cualquier momento, igual que el agua, o los primeros truenos de mayo del invierno cercano. Eso fué lo grave: la guerra llegó a ser la normalidad.

Corría, avanzaba el fulgurante reguero, partiendo de un rincón cualquiera de Oriente o del Ande; desembocaba luego, convertido en río de fuego de plomo y de pasión sobre los caseríos, los pueblos y las ciudades. Los hombres, abandonando mujeres e hijos mártires, dejaban el pequeño comercio, la pulpería, el fundo, la faena humilde del peón, y apretaban el fusil, la escopeta y el machete. A poco, la pólvora, escondida en todos los recodos de Venezuela, se inflamaba ella misma e inflamaba igualmente aquel apetito de aventura y de sangre que iba otra vez a sacudir, a trastornar, a ensangrentar una tierra dulce para vivir.

NATURALEZA PSICOLOGICA DE LA VIVEZA

El incauto, cuya pereza mental le impulsase a formular juicios apresurados, o el frívolo, que en posesión de una tosca noción del Pícaro, le añadiese alguna raída concepción de la biología convulsionada de más de un pueblo mestizo, concluiría en algo como este cóctel conceptual: El vivo es el pícaro violento y curtido de malicia tropical.

Eso no sería la viveza. Sin duda ella es herencia picaresca y socarronería criolla; pero, y no solamente eso. En otro sentido, para el villano y el hidalgo, la dura experiencia de la España del XVI, marco social del pícaro, no explica asimismo aquella

actitud humana, sino en parte; ni tampoco informa totalmente acerca del hallazgo de una forma de arte que nace ya casi perfecta con tipos y personajes propios y hasta con una atmósfera novelesca, que, eso sí, quizá sea como la tufarada espesa que se escapa de un ambiente real.

Pero para poder establecer alguna elemental noción o idea fundamental y apresar allí, en esa malla estrecha del concepto, algo de aquella elástica, densa y movidiza sustancia, la viveza, menester es que nos detengamos en ciertos elementos de juicio.

Al analizar al pícaro, como producto social, vemos, por una parte, el fruto o resultado de condiciones sociales negativas, cuya presión deformadora tal vez fué la causa predominante o levadura de sentimientos negativos: la insatisfacción, el cinismo, el resentimiento, que se advierte algunas veces en personajes, y hasta en autores, picarescos. Pero encontramos, asimismo, que los actos, reacciones y comportamiento de aquel interesante sujeto, al cual sabemos truhán o bribón, y que, sin embargo, simpatizamos con él, hablan de que en su composición humana entraron también elementos o valores genuinos de la Raza. En efecto, hemos venido señalando por lo menos dos rasgos cardinales del Pícaro: el estoicismo, yacente en el fondo de su postura humana, y, en el plano de lo intelectual, la presencia de la inteligencia presta y aguda, el ingenio, como se nombraba en aquella época.

Entonces, en cuanto se refiere a su naturaleza psíquica, podríamos fácilmente integrar o filiar la inteligencia picaresca dentro de lo que hace mucho tiempo venimos considerando como manifestaciones típicas de la intuición. Esto es, pues, adelantar un primer dato: *El pícaro es intelectualmente considerado un intuitivo*. Es decir, que se entera o informa, por lo general, acerca de lo que le circunda, por la vía de esa súbita iluminación de la conciencia en su primer contacto con alguna realidad penumbrosa o caótica. Y lo de definir al "intelectualoide" que hay en el Pícaro como un intuitivo, no sorprende a quien recuerde el concepto de puro manido sospechoso, de la condición de explosivo, veloz, apasionado y asistemático del pensamiento español.

Examinando ahora, en el otro costado de nuestro ensayo, el fenómeno pariente, la viveza, llegaríamos a conclusiones muy semejantes respecto a aquella otra actitud humana.

Utilicemos algunos datos.

Depons, aquel francés de pupila avisada, quien visitó a Venezuela, y quien tuvo oportunidad de caminarla y conocerla allá en el otoño de la Colonia, dejó sobre los criollos venezolanos esta ficha psicológica: "Es cierto —escribe en su *Viaje a la parte oriental de Tierra Firme*— que los criollos son de espíritu vivo, penetrante y más capaces de aplicación que los de nuestras colonias".

Y Oviedo y Baños, quien regodea la pluma en el recuento de la vida colonial, expone: "Los criollos son de agudos y prontos ingenios, siendo, en general, de espíritus bizarros y corazoneros briosos e inclinados a todo lo que es política, que hasta los negros (siendo criollos) se desdían de no saber leer".

Los juicios de Depons y de Oviedo y Baños contienen como el primer perfil psicológico de nuestra viveza venezolana; y ya en aquellas opiniones, se señalaban caracteres esenciales que van a ser constantes en la psicología social del venezolano.

Con todos esos datos que hemos venido reuniendo, definamos la viveza en sus aspectos ético e intelectual.

La viveza, actitud psíquica y conducta social del venezolano medio, es individualismo anárquico y deformación moral de una inteligencia alerta, alegre, fina; capaz entonces de ser reorientada y educada, convirtiéndose en una cuantiosa reserva espiritual de nuestro pueblo. Desde luego, esta última fórmula no tiene otro valor que el de un punto de vista, que ganaría algo de alcance, firmeza y precisión si, procediendo un tanto indirectamente, añadiéramos datos que se originaron de nuestro propio personal contacto con el pueblo. Esas experiencias se refieren a la observación de la calle en donde discurre, se moviliza y vive lo popular; pero también de los recintos universitarios, científicos, literarios o políticos en donde habitan los reflexivos de mi país.

Tal vez la viveza sea un tipo de vida intelectual, de actividad de la inteligencia, en cuya gestación y formación habrían tenido importancia los componentes raciales español-indio-negro que actuaron en la integración y fusión a fuego lento o arrebatado y crepitante de aquel pueblo: vivo. En la significación de la mezcla racial, cabe pensar, cuando en nuestra cordial convivencia venezolana el amigo nos zahiere gracioso y sin torcida intención con la flecha de la mamadera de gallo.

Risa espiritual del venezolano, cuyo contenido psicológico podríamos emparentar con el "choteo" cubano, tan exactamente esclarecido por la sagaz inteligencia cubana de Jorge Mañach.

Pero la mamadera de gallo merece un recodo y como un capitulillo aparte.

Algo que define muy bien o que aclara la composición y el funcionamiento de la "viveza" es el humor criollo: la mamadera de gallo. En un intento por descubrirla y objetivarla, diremos que es el fútbol espiritual que juega cada día el venezolano de todas las clases; y en que la frase balón o pelota, ingrávida y rápida, va rebotando a través de la cancha de espíritus traviesos, suscitando carcajadas, pero sin producir destroz ni descalabro.

Entereza, estoicismo, más alegría y acuidad visual para captar lo grotesco convencional, o simplemente divertido en las situaciones y en los hombres, la mamadera de gallo puede ejercer salvadora función de escape psicológico o de amortiguador de lo trágico cotidiano, de las duras experiencias porque ha pasado el pueblo venezolano; como a la vez tiene otro aspecto sustancial, y es que esa vocación, por un humor muy específico, constituye también eficaz, saludable instrumento de convivencia. En Venezuela, en efecto, nos entendemos con ella y ya diremos por qué.

Aquello es lo positivo de la mamadera de gallo, ya que la mamadera de gallo, como el choteo, tiene también su dimensión negativa, la cual puede, sin duda, desaparecer con un proceso educativo. Nos referimos a aquella actitud venezolana, cuando se hace hábito continuo y se sistematiza. Entonces, como todas las actitudes del espíritu cuando pierden agilidad y se rigidizan: la ironía o la sátira, la mamadera de gallo puede ser nociva, estéril; y obstáculo de una correcta y fecunda vida de relación, cuando se convierte en impedimento para la seriedad, la compostura que requiere algo realmente trascendente; o cuando se sistematiza y degenera en burla equivocada de lo que merece respeto y admiración.

Como decimos, tiene más de un punto de contacto con el choteo; y debe volver a recurrirse a aquel indispensable y brillante estudio de Mañach, para conocer, en investigación exhaustiva, las ricas implicaciones de la risa mestiza o mulata. Y me detengo en el parecido o posible semejanza porque resulta sintomático que esos dos

modos del humor criollo se produzcan en Cuba y en Venezuela.

Como noticias, datos o fichas que pueden ayudar a entender la mamadera de gallo, traigamos aquí algunas experiencias nuestras. Como el nopal o la cortesía del mexicano, o el álamo y el copihue, y la serena, grave, cordialidad de Chile, la mamadera de gallo la sentimos inmediatamente en Venezuela delatando un clima de hombres; una típica tonalidad de la existencia, con cierta afinidad, y es revelador, con lo andaluz; un tono amable de la vida, en el que coinciden y participan el aire liviano, el cielo azul y el temperamento juguetón de los hombres. Ya en los Andes mismos, en donde habita el montañés agrícola, sobrio, introvertido, muchas veces el ejercicio de la mamadera de gallo no lo notamos tanto o casi sentimos su ausencia en ciertas comunidades internadas.

En cambio, cuando estuvimos en Chile, por primera vez, en donde vivimos, y luego en una estancia, en Ciudad de México, chilenos y mexicanos amigos reaccionaban como un tanto sorprendidos, y hasta con un contenido sobresalto, ante mi mamadera de gallo; que empleábamos tan inconsciente y espontáneamente como un lenguaje, o como un dialecto. No nos dábamos cuenta, estando en tierra grata, que no estábamos en nuestra tierra; y que faltaba allí entonces, en Chile como en México, el tácito entendimiento entre los hombres; el acuerdo subconsciente de no tomarse demasiado en serio, y en algunos casos, entrañables: de quererse o estimarse a punta de jocunda y cálida ironía.

Pero del mismo modo que en nuestro humor venezolano, vuélvese a sentir la huella o el sazónamiento o la presencia de la mixtura racial, en manifestaciones más elaboradas de la inteligencia venezolana, más intelectuales y menos naturales, en las cuales advertimos la presencia de cualidades o ingredientes confidenciales para nosotros. Sin hablar de la poesía, el que lea nuestra prosa encuentra muchas veces el lado del indudable vigor y hasta brio, en ocasiones ímpetu, cierta influencia como sanguínea; así como la cálida corriente de lirismo, temperatura normal de la prosa venezolana.

Seguiríamos ensanchando aquella definición de la viveza como actitud de agregar algunos hechos sugestivos que se pueden observar fácilmente en Venezuela. Al acercarse a la actividad intelectual en mi país,

se puede constatar allí la presencia de dos tipos o de dos casos interesantes:

a) El autodidacta, trabajador y enjundioso, que, caso frecuente en Hispanoamérica y en España, también tiene una formación desordenada. Se trata de hombres de promociones maduras, y

b) Escritores jóvenes, algunos realmente inteligentes, pero demasiado apresurados.

En ambos casos, la viveza nos da la impresión de un chorro fresco e impetuoso, de lucidez, alucinada en algunas ocasiones; pero nos sentimos también como ante procesos mentales que no han cumplido su parábola de realización; procesos inacabados, inconclusos. Y ello ocurre no solamente con la literatura hablada, sino que con otros testimonios: con el poema intensamente lírico, pero cuya expresión no se depuró lo bastante; con el cuento enviado aprisa al diario; con el ensayo de contenido interesante, pero editado aún sin cohesión ni arquitectura que le dé unidad y solidez. Lo serio es que el interesado (lo somos todos) a menudo no se da cuenta de ello, no lo trata de modificar a tiempo; y lo que es más grave, como me decía un gran escritor amigo, contribuye a que los que de cualquier manera se acerquen a lo escrito se contagien con aquella manera chabacana de realizar las faenas intelectuales.

De manera que aquel fenómeno de escasa maduración o cristalización de ideas, aquella falta de disciplina, de rigor, garantía y sustentáculo o pivote de la obra bien hecha, y por ello perdurable, puede alcanzar las dimensiones en latitud y extensión, y en peligro, de una especie de conspiración contra el pensamiento nacional; en la que podemos o pueden ser cómplices muchos hombres dolorosamente bien dotados, pero por una razón o la otra —a veces por circunstancias respetables—, no lo suficientemente obreros o trabajadores de su oficio.

Elocuente demostración de lo anotado fué hasta hace pocos años la novela o el estudio al que le faltaron incubación, empolladura o enfriamiento necesario, las creaciones a las cuales no se les cernió lo adiposo o circunstancial. En fin, la obra en todos los órdenes a la cual se le escatimó el tiempo para que cociera del todo. Y toda aquella gama de consecuencias negativas, por otros factores que informan la actividad del pensamiento en Venezuela, pero también por otra causa raigal: la Viveza. Todo, porque el vivo, cuando en su espíritu enciende una intuición, se aluci-

na; y lo que es todavía semilla aleatoria que puede llevar infartada una hermosa invención artística, se malogra en eso nada más: en la fruta en agraz; desprendida criminalmente cuando aún no había cumplido el fatal y necesario plazo biológico.

Reflexionando en ese intuitivo de Venezuela, exponente de mayorías, no de minorías, es claro; haciendo el balance del tiempo perdido en el trabajo mal hecho o no llevado hasta sus últimas consecuencias, y en todas las infecundas y peligrosas derivaciones que pueden venir de los juicios cargados de ligereza o de pasión, en las generalizaciones con premisas falsas o interesadas; o elevándonos hasta el plano más dramático, encontrando en ocasiones el espíritu infiel a sí mismo, en esa deslealtad de la inteligencia cuando abandona el ascetismo del aprendizaje que hemos de hacer toda la vida; o en el sacrificio de la verdad eterna a los valores interesados o transitorios. Reflexionando en todo ello, pensamos que por su persistencia y alcance, aquello puede constituir el rasgo y el tono centrales de la vida del espíritu en determinada sociedad; definiendo, desde luego, una etapa cultural. En la economía espiritual de un pueblo aquellas catastróficas proyecciones encontrarían su equivalencia en una agricultura arruinada por falta de agua; o en la cosecha de ganado que se nos fué de las manos, que sucumbió ante el acoso de la inundación o la sequía.

Un profesor y escritor del Sur comentaba en la Argentina de hace más de diez años, la frecuencia del "espontaneísmo" y el practicismo. Puede que este fenómeno venezolano de la viveza se parezca mucho a lo que el maestro argentino llama espontaneísmo. Es muy posible que sea así; lo que probaría de paso las afinidades de nuestros pueblos hispanoamericanos; a pesar de las variantes de lo histórico, de la composición racial, etc. Pero lo que importa destacar ahora en el interesante ensayo del escritor argentino —Juan B. Terau—, es que él explicaba el "espontaneísmo" como un retoño del Romanticismo.

En Venezuela, la viveza es el fruto por un lado de las innatas tendencias del espíritu venezolano; y, por el otro, secuela de etapas culturales todavía no superadas, en las que desapareció o estuvo confinada, o no ejerció suficientemente su acción rectora, una tradición universal de fomento y mantenimiento de los valores del espíritu, mediante la sólida formación, el sentido crítico vigilante en lo individual y colec-

tivo, y la necesaria y frecuente revisión de valores, en todos los órdenes de la cultura; la creación artística, la investigación científica, el ejercicio profesional, y hasta la dirección de los negocios públicos.

Demos cuenta, porque es la verdad y porque es justo, del renacimiento en nuestra patria, por lo menos desde hace unos cuantos años, de una tradición de pensamiento que lucha contra una corriente de barbarie. En efecto, hay en la historia de la cultura venezolana una línea de cabezas claras, torturadas por la meditación, y cuya actividad espiritual ensanchó las fronteras espirituales de la Nación. Si quieren cuatro hombres, cuatro santos de la cultura, recordemos con emocionada veneración a Bello, a Vargas, a Fermín Toro, a Cecilio Acosta.

Aquella tradición está hoy en un puñado de hombres. En Venezuela o fuera de ella, en la creación estética, en la investigación científica, o en esas disciplinas como el Derecho, que estructuran la vida civil de los pueblos, algunos siguen ejemplares, ofreciendo obra buena, obra madura, obra hermosa; constituyendo, hoy como ayer, honra y garantía del destino de un pueblo mestizo.

FARISEISMO CRIOLLO

El vivo es también fariseo. El fariseo, entre otros rasgos, tiene el del hombre que obra inmoralmente, aunque dentro de los límites o de las aguas de lo legal. Eso es fariseísmo. El filisteo, decía alguna vez un ensayista norteamericano, es el hombre que del juego de golf no acierta a alcanzar sino la aparente superficialidad o intranscendencia de la bolita que salta sobre la grama. No encuentra, no da con el misterio, la magia o el encanto del juego. Así se multiplicarían los ejemplos en todo el repertorio de la cultura. Pues bien, en Venezuela hubo una especie de inundación del fariseísmo y del filisteísmo a un tiempo que anegó las almas. La explicación de ello reside fundamentalmente en que los valores espirituales estuvieron durante un largo período en quiebra; carecían de *cotización*, como quien dice, para el ciudadano corriente. No en vano el sentimiento moral y la capacidad para estimar los intereses del Espíritu es una cuestión de sensibilidad —y allí está presente la raíz biológica— del ejercicio del órgano también. De manera que así se desciende al cretinismo musical,

a no tener goce alguno, por ejemplo, escuchando una sonata de Beethoven; y en otro orden se llega a no tener sensibilidad alguna, resonancia ninguna en la conciencia, ante los valores morales.

En Venezuela ha ocurrido el fenómeno que venimos señalando arriba. Los valores morales perdieron su eficacia para conmovir las almas, para afectarlas. De este modo, perdieron asimismo su "valía". Desaparecieron como tales: como "valores". Y si la estimativa es a los valores, como dice Ortega, lo que el ver o el oír en el campo de lo visual y de lo auditivo; si aceptamos ese supuesto fundamental, entonces en nuestro país, en ciertos años de los cuales todavía quedan secuencias, para los valores espirituales al hombre medio se le habían embotado los sentidos. Los tenía, como quien dice, anestesiados por la crisis moral de que ya hablábamos antes. "El objeto del querer —expresa el profesor mexicano García Maynez, en "El secreto del bien y del mal"— tiene para la conciencia volitiva la forma del fin o del propósito. En la naturaleza del fin está el que su contenido sea valioso, o cuando menos, que tal aparezca ante el individuo. Es imposible proponerse una finalidad cualquiera, si en ella no se reconoce un mérito. Siempre que se hace una selección de medios, con vistas a la realización de un fin. El juicio previo de toda estimación esencial es condición del acto teleológico".

De suerte que en la filosofía de los valores el hecho universal y anterior, el que hace posible toda experiencia valorativa, es que algunas cosas valgan y otras no valgan. En Venezuela ocurrió —seguimos dentro de la filosofía de los valores que ilumina tanto nuestro caso moral—, en Venezuela acaeció todo un interesante proceso de enfermedad, diríamos de la estimativa. Esta enfermedad de la estimativa consistió en que la jerarquía de los valores se invirtió. Es decir, los valores espirituales —religión, justicia, arte, etc.— que para el hombre culto constituyen la cima, el pínaculo de lo valioso, y, como si dijéramos, la suprema razón de ser de la existencia, todo ello se extinguió para el venezolano medio; perdió su valor. ¿Por qué? La respuesta no hemos venido a indagarla nosotros en estas reflexiones, sino simplemente a dejar constancia del hecho. De allí —y dicho sea de paso—, que una de las grandes empresas pedagógicas en Venezuela sería esa: la de hacer recuperar al venezolano su estimativa normal. La que él mismo tuvo

y la que tienen los pueblos cultos de la tierra.

La exploración, el ensayo, resultaría sin duda de utilidad para esclarecer qué es lo que en realidad mueve su vida. Sería nada presumir la razón por la cual algunos hombres orientan con exclusividad sus días hacia la invención, el descubrimiento de una bacteria, o la realización literaria de alguna extraña criatura que llevan en lo interno.

En *Lecturas Españolas* de Azorín, el maestro español nos señala a un cura y a un barbero que en el ámbito del Quijote ríen del aporreo de un pobre diablo que ha estado riñendo con otro. Repitiendo la experiencia de Azorín, nos iríamos a buscar muchos profesionales, para los cuales los valores espirituales —la sonata de Beethoven, la novela de Dostoiewsky, el gesto candoroso de alguien, el conflicto social que siempre encierra alguna dramática desgarradura colectiva— les dejan perfectamente insensibles. No les conmueven para hacerles brotar reacción alguna. Es decir, hablando en otros términos: no tienen valor alguno para ellos. Pero es lo urgente ahora, para que no pensemos que estamos perdiendo de vista nuestro objetivo, advertir que todo esto que hemos venido constatando tiene su íntima conexión con la viveza.

—El mundo es de los justos.

—No señor, el mundo es de los valientes.

En esta polémica ejemplar conocida de todos los venezolanos radica ya toda una axiología conmovedora. Una filosofía de los valores puesta en marcha.

El mundo es de los justos, afirma Vargas el sabio; y Carujo, el "realista", como hoy le llamarían algunos, rectifica: El mundo es de los valientes. Para Carujo, valiente implicaba asaltante, hombre de presa. Para Vargas, la justicia era el centro de las relaciones entre los hombres.

De allí, como decíamos, toda una filosofía de los valores —toda una estimativa— se dispara. O nuestros pueblos se echan a andar por el atajo de las revoluciones; o bien realizamos lenta, pero seguramente, nuestra jornada por el camino de las instituciones y de la vida civil. Esa es la esencia de lo que significa Vargas para nosotros, y yo os propondría la meditación de este antivivo por excelencia. Es el patrón, el santo, el arquetipo plutarquiano de los que deseen huir del vivo.

Pero, ¿Carujo, tenía realmente la culpa? ¿Por lo menos toda la culpa? Era el pro-

ducto natural de eso; de un medio social en el que se hacía posible el encumbramiento por el asalto. Vargas es otra cosa. El reflexivo de la reflexión de siempre como destino; el de las vigiliadas interminables en la labranza nocturna del espíritu; el que sabía que todo aquello era doloroso y lento, pero que daba fruto maduro. De allí que él pensara en la justicia como el supremo bien: "El mundo es de los justos".

Pero Venezuela, en aquellos años, no era eso; y actualmente los buenos venezolanos no podemos y no debemos hacer otra cosa, sino un ensayo de aproximación a Vargas, de lealtad a Vargas; porque la lealtad hacia los grandes espíritus consiste en eso: en adecuar nuestra vida al modelo inmarcesible.

En Venezuela se estuvo multiplicando por muchos años lo que Ingenieros ha llamado "el hombre mediocre". Y un profesor mexicano, Romano Muñoz —que parece tener ante sus ojos la imagen del filisteo de su patria—, nos lo define: "Es aquel a quien le importa un comino el problema del destino humano". ¿Para qué pensar en él? ¿No tiene ya su Cadillac, sus tertulias, sus bailes, sus amigos, su Foreign Club? "Pero, se dirá que lo que señalamos es hoy día una enfermedad de la sociedad contemporánea, por lo menos en la zona hispanoamericana; que así como el gusano pululando, en cualquier substancia anuncia la descomposición el señorito, el pepillito cubano, o el pollo bien nuestro, es el signo de una descomposición social. Sin negar lo que aquello pueda tener de cierto; lo que afirmamos es que nos ha invadido el pollobienismo; o lo que es lo mismo que lo que debía encontrarse como manifestación privativa de una clase determinada, se nos convierte en mentalidad; es decir, que lo que está ocurriendo es la frivolidad de nuestra gente masculina, por lo menos entre la clase alta y la clase media, si es que la hay entre nosotros. Existirán entonces hasta las manifestaciones exteriores que muy bien podrían constituir síntomas de lo que sostenemos. Se deriva cierto joven hacia la orgía y la cortesana o hacia el flirt, el deporte y la danza exclusivamente.

Se podría, pues, traer, a estas páginas, a título ilustrativo y con ánimo saludablemente docente, el esquema de los valores: materiales, vitales, religiosos, etc. Entonces, aunque esto sería bastante ingenuo, frente a este esquema, podríamos intentar una especie de examen de conciencia nacional.

¿Qué es lo que en realidad preferimos los venezolanos? Todo esto, lo que sacáramos en limpio, constituiría como un redescubrimiento del ser venezolano; del estilo y espíritu con el que marchamos hacia la conquista de nuestro destino como nación.

Epocas han habido, en efecto, en la historia en las que han estado perfectamente definidas y visibles las preferencias y las preocupaciones colectivas. Recordemos el siglo XVI español. Allí también la axiología serviría como un instrumento de exploración del alma de aquella gente. He aquí ante nosotros una gran empresa y una gran aventura europeas en aquellos tiempos: Lepanto. Pues, bien, Lepanto es para el gran novelista la ocasión en que vale la pena, por asistir a ella, haber perdido una mano. ¿Cómo olvidar, por otra parte, ese teatro español en el que motivos como el de la honra se tornan en resorte de deleite para los buenos ciudadanos de Madrid, que idolatran a Lope en los "corrales"? Si queremos oír un fiel testimonio de lo que el villano estimaba en aquellos tiempos, escuchemos la dulce voz con que la labriega de Peribáñez rechaza al Comendador:

Más quiero yo a Peribáñez
con su capa de pardillo,
que al Comendador de Ocaña
con la suya bien guarnida.

"Tomar un punto de vista implica la adopción de una actitud contemplativa, teórica, racional. Ortega y Gasset" (en vez de punto de vista podríamos substituir con principio). "Ahora bien, no hay nada más opuesto a la espontaneidad biológica, al mero vivir la vida, que buscar un principio para derivar de él nuestro pensamiento y nuestros actos. La elección de un punto de vista es el acto inicial de la cultura".

Eso justamente es lo que ha ocurrido entre nosotros en los últimos decenios. Antes de 1936 y por muchos años, se ha existido y nada más. Vivir intensamente; sentir la emoción política en el mitin o en la huelga; estar asediado por la inquietud metafísica, por la idea de la muerte; gozar una tela de Gauguin o de Marcos Castillo, si se quiere un pintor venezolano; vibrar, desgarrarse con un drama cualquiera. Aunque con un poco de exageración, pero nada más con ese poco, pudiéramos afirmar que, de nuestra vida nacional estaban hasta hace poco aún ausentes esos ingredientes de la existencia. Enumeremos algo de lo que no teníamos. Se trata de muchas cosas perfectamente elementales entonces, de

primera necesidad, para los pueblos cultos. Una muralla china impedía en tiempos de la Dictadura el acceso del libro, de la penetración del pensamiento extranjero. No existía, no ya la política, pero ni el simple ejercicio de los más elementales derechos ciudadanos. Política era cortesía, adulancia al dictador o a sus mandarines. Política era medrar o manera de defenderse entretanto para seguir viviendo, o más exactamente, para seguir existiendo o subsistiendo. El sufragio, la libre opinión, la manifestación del pensamiento crítico o disidente estaban asimismo ausentes de nuestra cotidianidad. De allí que sólo tenían beligerancia los valores primariamente vitales. Estábamos enfermos, tristes, o alegres, hacíamos algo, sentíamos hambre, pero y nada más. Algunos vivían más intensamente, más dramáticamente que todo el resto de la nación. Por ello, recibían el calificativo de "preocupados". Sufrían ellos en efecto; se preocupaban por la falta de preocupación colectiva, por la falta de sufrimiento moral de los otros. Esa era la enfermedad nacional: la ausencia de problemas en las mentes o en las conciencias de los más.

La inteligencia, en aquellos años oscuros, disfrutaba de escasa o ninguna vida. Faltaba, entre otras cosas, el fertilizante de la lectura, de la orientación ajena también. Se produjo así el fenómeno de aumentar el volumen de los lectores y especialmente de lectores de literatura rusa social, al regreso de los estudiantes de la prisión el año 28. Y otra manifestación curiosa de resentimiento colectivo. Muchos estudiantes, y ello es explicable, por el género de vida de las cárceles, se habían dedicado frenéticamente a la introspección. De allí que cuando regresaron a la libertad, a la normalidad, muchos de aquellos estudiantes, tenían todavía estereotipada en el rostro la huella, el rastro de la reflexión constante. Y esto es lo curioso: como aquello era lo inacostumbrado, mucha buena gente tomaba aquello por pose. Una postura de juvenil hamletianismo que a muchos se les antojaba postiza.

Habíamos dicho que el derecho al pensamiento disidente crítico había desaparecido o estaba vedado entre nosotros. Pero mucho más o mucho menos que eso: el simple ejercicio de hasta la inocente crítica literaria concitaba disgustos en torno de quien lo ejercía.

No olvidemos que en Venezuela, aún hoy, la mayoría de la gente no discute argumentalmente, sino que se va rápido al

aspecto netamente personal de las cuestiones. Por una parte, argumentarían algunos, se podría explicar esto por el ascendiente hispano: raza apasionada y turbulenta. Pero desde otro ángulo es sólo una cuestión de falta de costumbre de argumentar, falta de adiestramiento del sentido crítico. No de otro modo podría explicarse un caso revelador. Allá por el año 34 don Julio Planchart dictó en el Liceo Andrés Bello unas medulosas conferencias sobre la poesía lírica en el siglo XIX. En aquel estudio realizado con su característica sinceridad de crítico leal a su función, Planchart definía a algún poeta nuestro en forma que desagradó visiblemente a los parientes del lírico, quienes estimaron aquello como un ataque personal a la memoria de su deudo. Aquello se transformó hasta en cuestión de índole política. A Planchart casi prácticamente se le habría ajusticiado, de ser posible en nuestra tierra tal castigo. Y hasta hubo algún muchacho que rompió lanzas, que se creyó con el deber de atropellar al hombre que estaba nada más que ejerciendo su austera y necesaria actividad de crítico.

La carencia de convicciones resulta algo perfectamente corriente en nuestro país. Por lo demás, era explicable, ya que resulta elemental que las dictaduras no soportan los principios. De manera que un gran simplismo presidía al gobierno patriarcal. Paz y Trabajo era la fórmula simple. Obsérvese si esto era verdadero o no, que para demostrar la fuerza que aquel estado político y social tenía en nuestro país, no tenemos sino que recordar cómo la política que adviene inmediatamente después de la muerte del dictador, pese a las buenas intenciones, no puede escapar todavía al sello de los años de la tiranía. Una política que sin duda significó en lo material progreso y superación. Por otra parte, fué durante seis años una política sin compromisos teóricos. Y esto que ha sido considerado por muchos políticos criollos como algo que da agilidad y movimiento a los gobiernos, en el supuesto de que así sea, en otro aspecto implica grandes males para los pueblos. Un Estado, como se sabe bien, requiere un *mínimum* teórico en su política por muchas razones. En el orden moral y abstracto, un conjunto de principios teóricos significa la adscripción a una filosofía; y, en consecuencia, se puede esperar que esa política tenga una determinada fisonomía en lo administrativo y económico, en lo educacional, etc. Se es-

pera, además, que la política tenga entonces una cierta estabilidad. Es algo semejante a lo que ocurre con los individuos a los cuales preside una doctrina moral o religiosa cualquiera; se puede esperar, decimos, aunque nos equivoquemos, una cierta conducta que podemos en lo posible prever. En último término, el ideario da coordinación a las realizaciones de una política.

En el orden práctico también insisto en que un grado de mayor fidelidad a una doctrina, a un ideario cualquiera, hace que el gobernante subordinado a determinada forma de estado, esté obligado fatalmente también a una determinada clase de realizaciones. Un gobierno, por ejemplo, que lleve en lo interno la convicción de la justicia social se verá en el caso de dictar legislación social, de impulsarla y ponerla en vigencia. No sólo queremos decir de llevarla al instrumento legal, sino que asimismo a cumplirla con lealtad por parte de los interesados.

Pero es que lo que ha ocurrido en Venezuela, lo que quizá no hemos podido confesarnos, es que hemos vivido políticamente de espaldas a los principios, o, sencillamente, prescindiendo de ellos: porque no existían entre nosotros. El gobernante, pues, ha gobernado sin ellos. Y al hombre que desde la oposición en las esferas del poder ha tratado de introducirlos, de abrirles brecha en la cerrada mentalidad gubernativa, se le ha acusado de entorpecer la acción del gobierno.

En el fondo de todo este fenómeno político venezolano subyace una gran reserva de cinismo. Existe ya en nosotros los venezolanos como forma política del subconsciente colectivo que hace que cuando gobernamos, lo que deseamos es realizar simple y llanamente nuestra voluntad soberana. Es el individualismo aflorando por todas partes, como signo esencial de lo social venezolano. El presidencialismo se convierte así, dentro de esta manera de ver las cosas, en el equivalente político, en la fórmula perfecta de lo que acaese en la esfera de lo individual psicológico.

Los hombres de 1811 fueron por antonomasia los hombres de los principios. Por ellos pudieron ser los creadores de la Nacionalidad en todo lo que esa inmensa faena significaba obstáculos ingentes. Porque los principios los elevaban por encima de todas las cosas. Los ponían por sobre la propia vida, el valor que instintivamente se aprecia más. Pues bien, los hombres de 1811 estimaban más la libertad, después de todo

un valor irreal, por sobre la propia existencia. Entre otras ingentes e impostergables tareas, el venezolano de hoy tiene la de devolverle a los principios su beligerancia; la de devolverle el lugar que otra vez tuvieron en su vida.

EL VIVO ANTISOCIAL

Una cierta dosis de anarquismo supone el vivo, pero anarquismo de una calidad más baja a la del anarquista místico o doctrinario. Tal vez comparable al anarquismo del pícaro de que habla Sánchez Trincado en sus notas sobre el Pícaro. Pero éste se previene constancia de que este anarquismo criollo, el vivo lleva implícito, subyacente, una intención o una tendencia de cierto utilitarismo. El vivo es anarquista, se rebela contra el orden porque de este modo puede operar mejor. Jorge Mañach dice que el caldo del cultivo del choteo han sido dos disposiciones espirituales del cubano: la ligereza y la independencia. En Venezuela lo será nuestra tendencia al desorden, la falta de jerarquía moral. Siempre recuerdo, porque me impresionó mucho, la afirmación de un chofer en un botiquín para demostrarle a alguien que le molestaba que todos éramos iguales en Venezuela. Y cuando fué a la demostración de sus tesis, ella era la de que todos vivíamos en la degradación (corrían los años de la Dictadura).

Pues bien, como al choteador, o al mador de gallo, le molestaba el respeto a algo porque le impide chotear, al vivo le irrita, le enoja todo intento de organización moral, o de principio legal lealmente observado; porque hasta allá puede prosperar, como decimos en criollo, su "caimnería", su "chivatería", su viveza.

De allí que la viveza sea, por otra parte espejo de nuestra desorganización social, o, si se prefiere, signo. Y hasta se podría arriesgar el axioma de: a mayor viveza más grande desorganización social. Al espacio desplazado por la viveza se le puede llenar de vida organizada, de vida llevada no en función de los instintos, como lo hemos llevado hasta ahora, sino en función de los principios y de las normas morales. La viveza reinante es, en efecto, señal de barbarie y de primitivismo. Cuando vamos a un hotel y nos roban, pensamos estar en la selva. Es decir, en la barbarie. Pero la viveza es algo que dificulta notablemente la relación social, por manos tangible, por más su-

til. Se presenta, en efecto, en un vasto repertorio, de manifestaciones aparentemente sin valor. Es el hombre que trata de colocarse delante en la "cola" del autobús; o el chofer que pasa a toda prisa por el cruce cuando no le correspondía. Cabría hablar así hasta de una vasta gama de la viveza como delito de relación. Así iríamos de la culpa levisima al delito perfecto en la viveza. Del hombre que casi nos atropella en la esquina sin tocar la corneta o la bocina, el que se queda con el dinero de alguien. Todos tenemos un rico documental de manifestaciones y casos. El homicidio en la viveza estaría representado por el comerciante que obtiene beneficios usurarios, leoninos ante la inocencia del público. El profesional que dicta la mala sentencia llevado a la pasión. El médico incapaz o el gobernante farisaico que gobierna barnizando su administración de principios, a los que en su fuero interno no rinde pleitesía.

Toma mil formas para encarnar. Tiene mil rostros y asoma en mil semblantes. Por dondequiera que pasa deja siempre su huella. Así es la viveza.

GEOGRAFIA DE LA VIVEZA

Hace tiempo venimos aceptando a Hispanoamérica como a un continente en donde los países están distanciados por la geografía y vinculados por la lengua, por un común destino histórico y hasta un parecido o semejante nivel cultural. Se han establecido sí, zonas en donde un determinado coeficiente de sangre blanca o negra o india como aglutinantes étnicos, entrarían en mayor proporción que los otros. En el maestro Pedro Henríquez Ureña —*Seis ensayos en busca de nuestra expresión*— se habla ya en 1925 de que existe o existía la tendencia, particularmente en la Argentina, a dividir nuestros países en dos grupos: la América mala y la buena, la tropical y la otra, los *petits pays chauds* y las naciones "bien organizadas". Y añade Henríquez Ureña que la distinción en el orden político no resulta clara ni plausible en el orden artístico. Viajeros más o menos sagaces no resisten nunca la tentación de analizarlos; y entonces han resultado interpretaciones más o menos sugestivas de acuerdo con la finura mental de cada cual. Desde Humboldt y Depons, pasando por Siegfried en nuestros días, y de Lauwes, Keyserling entre los europeos, y luego Aikman Carleton, Beal, Gunther, Waldo Frank, entre los norteamericanos,

han tratado de apresar la anatomía del paisaje, el alma colectiva, el temperamento, el sistema político y económico que nos rige.

A nuestro modo de ver es difícil la psicología del hispanoamericano como conjunto de pueblos. En cambio, sí creo que se pueden señalar por aproximación ciertas líneas generales del carácter y de la inteligencia, cierto diseño del espíritu hispanoamericano, dentro de las cuales podría ser inscrita cada alma nacional, e ir precisando luego los rasgos peculiares, los matices locales de cada uno de los distintos países o grupos de países más semejantes. Asimismo pensamos que no se aventura mucho si sostiene que la actitud ante la vida del hispanoamericano tiene muchos puntos de contacto de país en país. Lo observado por otros nos ilustra sobre esto. En sus *Meditaciones Sudamericanas*, Keyserling nos deja observaciones sobre la "gana". Según el filósofo alemán, la gana no es la apatencia de algo que yace en la base de toda decisión de la voluntad, determinada por el conocimiento, ni la gana española que tampoco es voluntad; es la fuerza original inconsciente, que empieza de dentro hacia afuera y sobre la que ningún imperio ejerce la conciencia. No significa voluntad ni tampoco necesidad interior —puntualiza—, sino asociación elemental de una imagen de origen espiritual y un ciego impulso orgánico. Incluye la imaginación. Pero carece de limitación, de fronteras como en la voluntad, y, por consiguiente, de dirección. Falta toda noción abstracta del tiempo, todo aquello cuya ejecución no es exigida por un impulso omnipotente se deja para mañana.

Pensamos en la delicada pupila de Keyserling, quien vió mucho del alma americana cuando la contempló en trance de gana; algo así como se nos define el hombre ante la mujer en el trance erótico. Porque la gana, a nuestro modo de ver, tiene mucho de eso, de raíz sexual. Queríamos decir aquí que cuando un venezolano reflexivo recuerda alguna de sus experiencias americanas, piensa si no hay ya en la viveza, en lo que entendemos por ella, algo muy cerca de la gana. Lo mismo que la gana, la viveza, parece ser también un arranque o impulso de la inteligencia muy conectado con lo orgánico también, por lo demás; y agotando en un solo relámpago de intuición las posibilidades de comprensión o de conocimiento.

Recordamos, no obstante, que es el mismo Keyserling quien nos dice que lo afectivo da carácter a la tonalidad de la vida en

Sudamérica: que somos sobre todo afectivos los sudamericanos. Pues bien, viveza es eso también: sentimiento. A poco que se observe la vida de relación en Venezuela nos encontramos que hasta en los negocios —eso que supone el cálculo por definición— se requiere caer mal o bien, o gordo, como dicen en México. Y lo peor que le puede ocurrir a alguien en cualquier situación vital no es ser bandido perjuro, bribón asaltante; sino, como dice la expresiva expresión mexicana, “caer gordo”: es decir, caer antipático a los ojos de los demás (véase lo que dice Américo Castro en *España en su Historia*).

Todas las cosas, comenzando por las mujeres, dan media vuelta y evaden, hacen mutis frente a ese desdichado y le evitan. Pero el caer mal o caer bien, supone o implica que aquel a quien se cae mal posee una sensibilidad delicada que, como ante la humedad o el excesivo calor, formula a toda prisa su juicio negativo. ¿Por qué, nos preguntamos, tiene el hombre de nuestra tierra esa sensibilidad para el “ángel” de la gente y esa como alergia ante el antipático? Además, ¿por qué el hombre de nuestra tierra es todo lo contrario de ese ciudadano que se repite interiormente “take it easy”, tómelo con calma, que define una manera de ser? En realidad, en Venezuela, la gente no puede tomar nada con calma. Ni con la serenidad que suponemos aparejada a lo otro. Todo es a prisa y con pasión. ¿No es eso también la fuerza original inconsciente que empuja de dentro a afuera y sobre la que ningún imperio ejerce la conciencia? Podríamos citar una serie de nociones de rasgos colectivos extraídos de la vida diaria y entonces tratar de formular o de extraer un juicio general.

Esa sensación de vida corta y también un falso sentido de la seriedad que nos aflige a nosotros los del norte de Sudamérica —por lo menos a los venezolanos— lo hemos encontrado modificado al menos justamente en aquellas zonas en donde lo norteamericano y lo europeo están penetrando, trayendo un diferente modo de apreciar o sentir o de encarar la vida. En Cuba, en Chile, en Argentina, en México, la gente está siendo educada por el sport y por una diferente concepción de la vida. ¿No influirá en todo esto el sentido trágico de nuestra raza? Por lo que respecta a Venezuela el sentido de la cortedad de la vida puede originarse de la mala organización de la vida, todavía incluso en razones

geográficas, en el clima que todo lo seca y agosta, y adelanta en cierto modo antes de tiempo.

En Venezuela se vive aprisa. Abunda el ambicioso y el “trepador”, pero aparte de que aquello pueda constituir como entidad o tipo psicológico, se aclaran esas actitudes si se las mira como manifestaciones o derivaciones de un sentido o sensación que el venezolano pudiera tener de la perspectiva vital, sintiéndola angosta entonces. Precisando más: el venezolano sentiría conclusa su vida demasiado pronto. Abundan testimonios. Nuestro querido Don Julio Planchart, en su estudio acerca de la *Poesía lírica en el siglo XIX*, se duele de que pocos poetas en Venezuela fueron fieles en el curso de la vida a su vocación de poetas. ¿A qué se debió aquello? Entre otras cosas, sin duda, a medida como la juventud se evadía, ellos, inconscientemente, cedían ante el juicio más o menos implícito en muchas manifestaciones de una sociedad simplista, cuyo juicio desestimaba o consideraba como “importante” o “serio” el cultivo del ejercicio de la poesía. Entonces, sería una prueba más de una sociedad semiculta, a medio cocer, todavía sin adulez o inmadura, en la que se requiere, para mantener fe en el ejercicio artístico, o en la vocación artística, entereza o coraje para seguir siendo artista, escritor, hasta científico. Sin embargo, en lo que respecta a la poesía, y, en general, a la literatura, no olvidemos otro aspecto de la cuestión. Lo que ella tiene específicamente de juego. Entonces cabría pensar que el individuo ya maduro, formulara subconscientemente un juicio de valor en lento desertar o evadirse de la realidad de su poesía.

Bien puede ser todo lo anterior como caracteres de un medio social primitivo o semiprimitivo; pero a la vez nos resulta como la manifestación de un exigente terrible sentido crítico; y en el fondo de todo eso la carencia de reservas de salvadora puerilidad o de juventud subyacentes en otros pueblos. A donde queremos ir a concluir es, a que hay una vida mental y afectiva más o menos semejantes, salvo las variantes que puedan existir de una a otra geografía americana. Además, se puede también admitir la existencia de grupos de países o de zonas que tienen características más o menos próximas en el sentir y en el pensar.

De Río Grande hasta el Sur, se presentan fenómenos psicológicos que a primera

vista parecen privativos de determinado país; pero que a poco, para quien haya viajado algo por nuestra América, hallará y verificará la presencia de variantes del mismo fenómeno en otras tierras americanas. De allí a pensar que participamos de una vida psicológica más o menos semejante —al menos por lo que se refiere a las grandes líneas— hay poco trecho.

De Norte a Sur existen actitudes psicológicas, reacciones, rasgos, aspectos de la inteligencia y de la conducta que encuentran su semejante como decimos en otras tierras. En Cuba, como hemos venido recordando, existe el "choteo" y una actitud psíquica y una forma de humor criollo; en Venezuela encontramos la mamadera de gallo. El chileno tiene la vocación de el pelambre: el ejercicio de la murmuración, que es un pellizcar espiritualmente al prójimo, un cierto sentido del discreto que requiere, según Picón Salas, finura y salón. Pues bien, en Venezuela se cultiva eso; sobre todo en la Colonia ya se murmuraba del mismo o parecido modo.

Desde luego, cuando se examina la vida espiritual en estos países, tropezamos con la necesidad de agrupar por una parte, de deslindar por la otra, porque la realidad nos lo impone. Por lo tanto, existe, creemos, una zona del Caribe donde el negro está mestizando sobre todo al blanco.

Un grupo también de naciones situadas en distintas áreas en donde prima el indio como factor racial preponderante: México, Guatemala, Salvador, Nicaragua, Honduras, Perú, Bolivia, Ecuador. Una zona del Sur en donde predomina el blanco europeo: Chile, Argentina, Uruguay. En fin, un país continente, Brasil, que por tamaño, población, lengua, etc., constituye él solo una nación diferente de las demás.

Si se quiere se podría hablar de zonas de influencias y de centros culturales e irradiantes igualmente.

La europea, la norteamericana y, finalmente, la rusa. Influencias que, desde luego, pueden estar modificando en algo nuestra psicología americana. Por lo pronto, se podría anotar de momento que lo europeo cuenta entre nuestra América con una tradición, y luego con la lengua; es decir, con idiomas latinos hermanos del castellano. En cambio, el anglosajón utiliza el cine, que es el lenguaje universal y eficazísimo y un estupendo instrumento de captación. Rusia ejerce sobre los jóvenes el influjo de su Revolución, y luego el de su litera-

tura extraordinaria. En ese complejo de influencias que puede estar modificando ya nuestro temperamento y nuestra condición humana, anotaríamos factores externos e internos. Es decir: influencias materiales las recibimos todos los días de Norteamérica en forma de cine, de formas de vida, costumbres y trajes y hasta alimentos. En cuanto a lo más interno y castizo de la composición del norteamericano, no creo que lo atrapemos; es más difícil y luego falta la lengua para penetrar el recinto interno de una sociedad determinada y de su personaje multitudinario, y el alma de su pueblo. El cine ejerce, las más de las veces, influencia deformadora por la frecuencia de fábulas de lujo desorbitado o de crímenes. Faltaría examinar la influencia rusa, que va siendo hora de que nos detengamos en ella; pero que es más compleja y difícil de explicar y que la pensamos mayormente de tipo emocional. Indudablemente, repetimos, la Rusia de hoy ejerce en las almas trémulas de muchos hombres insatisfechos un magnetismo semejante, al de la Revolución de 1789.

Esa es, a grandes rasgos, la geografía donde reina la viveza: donde habita un hombre de un diseño espiritual muy semejante al habitante de la frontera.

El sentido del ridículo del mexicano no lo es de él privativamente, sino que existe poderoso en nuestra tierra; y en ocasiones manifestándose en forma negativa, hasta el punto de paralizar, por temor a caer en lo grotesco, en lo cursi o ridículo, la acción espontánea. En oportunidades, en efecto, resulta una actitud negativa, pues impide que el espíritu se produzca o manifieste con naturalidad sincera y sencillamente.

Por lo que respecta a la introversión del hombre mexicano de la meseta alta, en Venezuela, los que vivimos en el centro sentimos raro al andino (hasta hay un estilo de política andina que tiene mucho de eso: de introvertida y cautelosa). El bogotano, por razones culturales y geográficas, creemos que tiene algún parecido con el limeño.

Estas son, desde luego, algunas observaciones muy generales. Observaciones que padecen de superficialidad y que lo único que hemos querido con ellas es aproximar unas naciones a otras en el espacio, para sacar consecuencias hacia un mejor conocimiento de nuestra América. Importaría, desde luego, aclarar, ahondar en las cau-

sas, llegar hasta las raíces étnicas y culturales y luego se podría ir intentando con mayor precisión y profundidad, el estudio de la psicología comparada de estos pueblos.

¿Por qué el cubano y el venezolano son *choteadores* y *mamadores de gallo*? ¿A qué se debe la solemnidad y el gusto por la fórmula y la afectada urbanidad del bogotano? ¿En dónde la razón para la petulancia y el fresco optimismo argentino? ¿Cuál es la raíz del sentido de la angostura vital del apresuramiento venezolano?

Pensamos que esos rasgos nacionales de un alma colectiva pueden, como decíamos en otra parte, ser aclarados; y que posteriormente pudieran muy bien esos datos de referencia del alma americana, ser empleados y articulados en una síntesis de conjunto, o hipótesis, que llenaría el papel de una nación, o teoría general de la psique americana.

LA EDUCACIÓN DE LA VIVEZA

La educación venezolana en su empresa de actualizar las virtualidades del alma nacional y orientarla hacia el desarrollo de una personalidad humana rica y enérgica, habrá de explorar y examinar; luego, tomar cada vez más en cuenta nuestros rasgos psicológicos, nuestra fisonomía colectiva. De allí la importancia de aclarar y fijar para su detenido estudio algunas por lo menos de las características que hasta ahora se han venido señalando como constantes del espíritu venezolano.

A nosotros, sólo nos interesa ahora detenernos en algunos aspectos de la psicología nacional, que guardan directa relación con la viveza. Por el momento en lo que primero pensamos es en el llamado "individualismo", noción que ha de ser aceptada provisionalmente con la significación que se le da.

El venezolano, al reflexionar sobre el individualismo, acude para objetivar o concretar la idea a esos dos arquetipos populares que son el "cobija y colcha", y el guerrillero. Son tipos específicos, en efecto, explicables en Venezuela por la geografía y la organización social de años pasados. El hombre solo, rasgo cardinal de la mitad de la vida social en un continente semidesierto, lo encontramos en todas partes de América. Creemos que ya desde el aborigen la geografía estuvo imponiendo la dispersión

en la lucha para hacerlo mejor. Eso aclararía al guerrillero. Luego, la escasa división del trabajo; también la tosca o elemental diferenciación social de una sociedad aún en trance de crecimiento y superación —de obtener madurez y progreso— daría como producto al "cobija y colcha".

Es el pueblo el que ha hallado la fórmula expresiva: "cobija y colcha". Con ella quiere nombrar al andariego de la docena de oficios y habilidades cuya errancia le lleva de pueblo en pueblo, caminando de una a otra pequeña ciudad. En un pueblo pinta la muestra de un restorán; en otra aldea su guitarrita integra la orquesta improvisada; su arte de latonero, por fin, le detiene algunos días en el caserío rural.

El guerrillero y el cobija y colcha serían a nuestro modo de ver dos frutos en agraz de una cultura todavía a mitad de camino, en pleno cocimiento. Porque los dos serían el proceso incumplido, el aprendizaje incompleto. Los dos intentos superficiales. Ni el guerrillero, en efecto, ahondaría la ciencia de la guerra; ni el improvisado de todos los menesteres y faenas adquiriría la técnica completa de un oficio cualquiera.

Si de lo social nos vamos al plano psicológico hallamos asimismo algunas fallas o limitaciones del venezolano medio. En el proceso del razonamiento, en la formulación de los juicios, por ejemplo. Los lógicos destacan la importancia que para la obtención de una exacta visión de la realidad tiene el que el espíritu se encuentre libre de aquello que proceda de causas extrañas al pensamiento puro —pasión, intereses, etc.—, porque piensan que todo ello enturbia y deforma el juicio, el recto examen de un problema o de una realidad cualquiera. Recordemos entonces cómo en Venezuela frecuentemente nuestro juicio está o cae bajo la presión de lo apasionado o de la simple simpatía o antipatía. Es decir, eso es lo normal, lo singular es que las cosas ocurran de otro modo. En la vida cotidiana, en cualquier oportunidad, opinamos sobre alguien; y no nos damos cuenta de que no poseemos suficiente información acerca de aquella persona para pronunciarlos. Decimos que no sirve para tal cargo o destino; y carecemos de noticias suficientes para calificar su formación; o no tenemos sino datos vagos no verificados por lo demás. En cambio, eso sí, bajo aquel juicio apresurado puede estar presionando una poderosa corriente de antipatía subconsciente.

En los diálogos en los que se oponen diversos puntos de vista u opiniones podemos observar esa clase de discusión que cae ya dentro de la línea del costumbrismo. Los que argumentan —si es que lo hacen—, se desvían del objetivo teórico o abstracto, del verdadero punto de partida o interés real o genuino de la discusión, en que se trata de ponerse de acuerdo sobre un hecho o verdad objetiva, o acerca de la interpretación que se le debe dar a una idea. Dejando atrás todo aquello, se van como se dice "acalorando"; y ya lo que debiera ser sereno cambio de ideas se convierte en disputa y hasta en agresión con palabras. Esas y otras múltiples manifestaciones de la vida colectiva, lo que mostraban claramente eran las derivaciones negativas de un estado de cosas —la Dictadura— operando en el terreno del pensamiento y del libre debate. En realidad, lo que ocurría era que la gente había perdido la costumbre de ejercitar tranquilamente las facultades críticas del pensamiento. Y ello, porque por años largos la actividad de la inteligencia analizadora o disidente estuvo bajo la acción de la vigilancia o la amenaza. En la Dictadura, en efecto, una dimensión de la crítica, la política, no sólo estaba de hecho prohibida, sino que era peligroso para el interesado ejercerla; y para todos aquellos que de alguna manera tuvieran relación con él. Es interesante anotar los límites a que aquello llegó. De allí que sostengamos que el relativo eclipse de las facultades críticas y su sereno ejercicio durante un período que sería fácil precisar, tiene raíces histórico-sociales. Del año de 1936 en adelante ese como frenético apetito y fruición de opinar sobre todos los temas y materias que acomete al venezolano es la prueba más elocuente de lo que sostenemos.

En la Dictadura como hemos dicho se hizo lo posible, deliberada o indeliberadamente, porque las funciones de análisis y de crítica de la inteligencia venezolana llegaran a un estado total de anemia o paralización. No obstante eso, el espíritu popular encontraba recursos para salvarse, evadiéndose del cerco invisible del espionaje. El chiste, la caricatura verbal de algún prohombre político, de la cursilería o la avaricia cómica de algún alto protagonista, resultaban el más vivo testimonio o demostración de que el travieso espíritu colectivo estaba aún viviente y alerta.

El esfuerzo del pensamiento creador o

investigador se había retirado al recinto privado de lo individual; y ya, desde luego, resultaba poco probable que se derramase, fecundante y orientador, en forma de estudio, conferencia o artículo periodístico sobre las capas populares o medias. La razón estaba en que una censura invisible, cuyo dictamen podía surgir de cualquier rincón desconocido, fulminaba en la sombra la creación artística o el trabajo de investigación científica, arrojando sobre ellos la sospecha de la intención revolucionaria.

Un interesante campo de documentación fué el mundo estudiantil por los años del 30 al 35, si queremos fijar alguna fecha. Allí, en algunos sectores de estudiantes, se podía verificar el proceso de detención del crecimiento cultural; de desviación de la cultura también.

Hubo por aquellos años un fenómeno sugestivo, que recordarán perfectamente los educadores. En algún tiempo las estadísticas de inscripción del alumnado acusaron un gran volumen de interesados en las ciencias físicas y matemáticas y en las ciencias naturales. Esto que dentro de la interpretación puede hallársele su lado positivo, lo tiene así mismo negativo, a nuestro modo de ver, si se lo contempla como una pieza o como un dato más a examinar dentro de ese proceso de estancamiento, o de falta de salud, de la cultura nacional en aquellos tiempos.

Si se hablaba con algunos estudiantes de los años mencionados, y se les interrogaba acerca de su vocación, contestaban que su aflicción hacia las ciencias físico-matemáticas y naturales respondía a la orientación de sus esfuerzos hacia lo útil y lo concreto; más que hacia lo otro: es decir, hacia aquellos estudios que estaban más cerca de lo abstracto, teórico o especulativo. Por eso se inscribían menos en las Humanidades.

No sé si nos equivocamos estimando que los estudiantes en cuestión padecían de un falso pragmatismo; que aquello resultaba como una derivación más de un proceso social defectuoso, proyectándose en la esfera de lo cultural y científico.

Aquello demostraba, entre otras cosas, el desconocimiento en que la mayoría de la gente venezolana se encontraba con respecto de las ciencias de la cultura. Por una gradual sumersión o eclipse temporal de la libertad creadora, ciertos valores que se alimentan o se estimulan del espíritu colectivo en ejercicio habían ido perdiendo para la sensibilidad de las mayorías y has-

ta de las minorías semicultas su atracción; se habían descotizado y ya no irradiaban magnetismo alguno para la juventud. De aquí que la falta de interés por las Humanidades significaba un reflejo más del proceso social.

Examinadas las cosas desde otro ángulo, tal vez buena parte de aquella carencia de curiosidad o de entusiasmo para ciertas materias, podría ser atribuida a la falta de una formación filosófica discreta; y de allí entonces también la abundancia de tipos cuya inteligencia era un verdadero *fluir* de ideas; pero que carecían de sistema y organización mental. Por señalar lo anecdótico por vía de ejemplo, se presentaba así frecuentemente el imaginativo proyectista que se pasa las horas urdiendo empresas imposibles, o el orador fácil, verbalista cuyo discurso carece de consistencia o densidad alguna. A ambos les hacía falta una buena dosis de disciplinas del pensamiento. Se sabe que esa clase de inteligencia deriva con facilidad hacia la conversación superficialmente brillante; o a la oratoria sin ideas. Luego el hombre que puede realizar el pequeño esfuerzo que se requiere para el artículo volandero, o el poemita intrascendente o inmaduro en el plano literario; pero nada más.

El ingenio requiere plaza y corte, como se dice. Nosotros, con nuestro aplauso y nuestra complicidad para con el inteligente superficial o calculador, aunque en ocasiones de una elemental o ligera brillantéz, favorecemos el cultivo de eso que creemos el "ingenioso". (La agudeza liviana, la "frase", el "pronto" con aire cómico o gracioso, requiere quien lo acate y en ocasiones, hasta quien lo mime.

DE OTRA RIQUEZA NACIONAL

En el otoño de 1948, en la ciudad de Nueva York, nos dirigíamos en auto hacia un sitio lejano. El chofer del taxi, cuya buena voluntad hacía posible el intercambio coloquial, después de haber conversado acerca del tránsito y el clima delicioso aquella mañana, nos disparó la indagatoria usual del hombre común en Norteamérica:

—Where do you come from?

Yo le respondí como en los textos escolares:

—I come from Venezuela. This is my country.

Ya entonces el hombre atendía a la embestida de un bus. Medio repuesto luego del susto y del esfuerzo por el esguince, me dice, continuando el diálogo:

—I see Venezuela . . . Gasoline!

En la penumbra del taxi sonreíamos con serenidad, pero también con cierta tristeza. Cualquiera pudo argumentarnos entonces que no se trataba sino de un *petit fait*, de un detalle apenas. Y nosotros habríamos asentido; y hasta hubiéramos recordado que el conductor no tenía por qué poseer cultura geográfica. Sin embargo, el pequeño episodio se sumaba a muchos otros de mayor significación. Caímos en la reflexión de siempre: en el desconocimiento en que estábamos unos de otros los americanos. Daba pena comprobar cómo la gente estaba informada sobre lo más concreto y de bulto, pero ignoraba lo demás; tal vez lo más raigal y sustantivo de cada país americano.

En las palabras del chofer, estaba un vivo testimonio más de que América se desconocía a sí misma. Porque Venezuela, mi país, tenía asentado su presente sobre el Petróleo, al que se refería el newyorkino; pero su futuro en algo quizá más inmaterial, pero por eso menos valedero, y perdurable. En las reservas espirituales de su pueblo. Como el paisaje, como la naturaleza, el alma popular formaba parte del patrimonio que nos legaron los grandes varones de la Nacionalidad.

Volvemos entonces a nuestro tema. La viveza es actitud anímica, que es la revelación misma de las ricas reservas del alma nacional.

En efecto, la viveza tiene su costado positivo. Y podemos pensar en ella, en efecto, como en un verdadero haber o depósito colectivo de la nación; tal vez no apreciable a primera vista por los economistas, los ingenieros de minas, o los hombres de negocios, amantes de su país; pero sí por los educadores o los políticos con imaginación y afecto a su pueblo. Nos explicaremos un poco.

Lo que tuvo de negativo el pícaro fué la torcedura o deformación de las más entrañables tendencias del alma popular española; aquellas potencias del espíritu español; la entereza, la capacidad de sufrimiento, la visión penetrante con el terrible poder de receptibilidad, el humor en ocasiones primario, quién sabe la alegría desenfadada, se desviaron entonces. Pero, como tenemos dicho, el pícaro, que no se po-

día estar tranquilo —como el enfermo o el triste— se vino a América.

En Venezuela, cabe también encontrar una correlación social para la actitud psíquica colectiva. En efecto, en el “vivo”, también las más genuinas virtualidades del espíritu popular venezolano, se formaron por un necesario proceso de adaptación al medio primitivo y áspero. Para sobrevivir, el hombre venezolano se tornó en vivo.

La viveza en lo que puede tener de elemento vicioso y antisocial: la falta de escrúpulos, el instinto de ventaja, la adulonería, el espalderismo, la audacia sin principios y sin aprendizaje en toda suerte de planos, el pájarobravismo, modalidades o formas cada vez más ricas y diversas que derivan de una misma fuente común: la viveza, irían desapareciendo y cirniéndose con la modificación de las condiciones sociales que harían imposible al vivo. Dentro de los agentes de modificación más enérgicos, aunque lentos, de las circunstancias colectivas, entra, huelga casi señalarlo, la obra de la educación, que modificaría substancialmente al hombre venezolano.

Tal vez la viveza —así como la hemos venido examinando—, justifique su indagación como factor psíquico, definidor del venezolano; pero también porque constituye, como lo sostenemos, el síntoma de un estado, o de una etapa del proceso social. De aceptar lo anterior, tendríamos que concluir en que la existencia de la viveza en todas las manifestaciones de lo colectivo venezolano, está pidiendo reformas esenciales en las condiciones de vida, y al propio tiempo, en la mentalidad de nuestro hombre común. De la sociedad y del hombre en función de ella.

Habría que pensar en acelerar la creación en la mente juvenil venezolana de una nueva imagen y de un nuevo sentido de la sociedad, de la cual el mismo joven es su poderoso agente constructivo. Ello en el terreno del fenómeno que hemos venido estudiando, nos llevaría a una liquidación de la viveza en lo que tiene de negativo; lo que podría lograrse indirectamente por el cultivo, o por la formación del hombre de fe y de justicia, y al mismo tiempo del “aprendiz”; es decir, del hombre con voluntad y vocación de aprendizaje. Esto es, desde luego, reduciendo el problema a sus términos más simples. Pero cabría delinear, aunque sólo fuera esquemáticamente, algunos aspectos de aquella empresa; desta-

car entonces, particularizando, algo de lo que pudiera hacerse con más urgencia.

Importa acentuar o destacar el hecho, muy importante, sobre todo por las consecuencias prácticas, de que el mejoramiento de la condición humana y de la mentalidad popular en Venezuela, no es cuestión solamente de la educación oficial, o del Estado. Otros organismos tienen o deberían tener a su cargo un papel trascendente. La familia, el hogar, ante todo. Asimismo, otras zonas de lo colectivo en donde no suele detenerse la atención o el examen del que medita sobre educación, en escala nacional y colectiva. Me refiero a los partidos u organizaciones políticas y a los sindicatos (comúnmente no los contemplamos dentro del ángulo de lo docente, porque estamos acostumbrados a considerarlos apenas como el escenario de la lucha política, o de los conflictos sociales). El partido y el sindicato, por su naturaleza misma de densas agrupaciones, caen dentro de la órbita de la Educación. Por lo pronto hay hechos muy simples, pero que deberían llevarnos a calibrar el interés del partido o del sindicato, a la luz de las preocupaciones por la educación colectiva.

Un contingente muy apreciable de hombres, en la composición de partidos o sindicatos, lo constituyen jóvenes o maduros que no han recibido sino educación primaria; y que de allí en adelante, no recibirán por esas vías: la escuela, el liceo, la universidad, la escuela artesanal, otros elementos de formación o de superación científica, técnica o cultural. Por otra parte, a esos mismos sindicalistas, o militantes se les impartirá en sus sindicatos o en sus partidos una educación o un conjunto de nociones específicas, parciales y especializadas. De tipo pragmático y muy ceñidas a fines inmediatos. El de iniciar, al militante o al sindicalista en un ideario político o sindical. El mantener su fe y crearle una conciencia. En la organización obrera el hacerles conocer sus intereses; convertirles en más eficaces instrumentos en la lucha por el mejoramiento de las condiciones de vida; y hasta, según la indole del organismo sindical, convertirlos en combatientes de la lucha de clases.

Hay muchos otros aspectos interesantes a estudiar. En la vida política moderna, el partido, o el sindicato, son climas propicios para formar en el hombre el sentido de lo colectivo, de la cooperación del individuo para el beneficio de la colectividad. El in-

dividuo cerrero, se cierne allí, o se sublima para elevarse o potenciarse hacia el colectivismo. La individualidad entonces de cada quien, en lo que pueda tener de energía creadora, no desaparecerá, sino que se cargará de sentido colectivo; se transformará y potenciará en la polarización de los esfuerzos hacia la finalidad común. Nacerá entonces o se fortificará en el partido, o en el sindicato, la conciencia política, la conciencia obrera, la sensibilidad política o social.

El que haya vivido algún tiempo bajo la disciplina de un partido, no ignora lo que el sistema de ideas y de normas imperantes en aquellas organizaciones obliga a disciplinar los impulsos anárquicos, las tendencias disolventes de cada quien. Sabe entonces lo que guarda en fuerza de ascetismo, de disciplinante y correctivo de lo individualista vicioso, el posponer la propia voluntad y la propia decisión a las directivas del partido.

De admitirse lo que hemos venido anotando, podemos entonces concluir en que el partido, como el sindicato, comparten funciones y responsabilidades indirectas, pero no por ello menos trascendentes con los órganos profesionales de la educación oficial.

El partido o el sindicato, se nos presentan como la escuela, el liceo o la universidad del que no ha tenido ninguna. De allí entonces el que los líderes de las organizaciones políticas o los conductores del movimiento obrero en nuestro país, deban meditar ese aspecto grave de sus responsabilidades.

El Estado venezolano en estos últimos

veinte años ha venido interesándose, es justo consignarlos, por la educación obrera, pero a nuestro juicio debería gravitar aún más sobre esos territorios de lo colectivo organizado, la acción educativa de aquella institución.

Existe hoy —por señalar algunas demostraciones evidentes— la escuela artesanal; y con el liceo nocturno, se trata de incorporar al trabajador a la Educación Secundaria, pero todavía hay mucho por hacer.

Siempre dentro de la intención de ese ensayo, nosotros insinuaríamos algunas modestas ideas aprovechables. Así como en el liceo o en la Universidad se dictan conferencias destinadas a acrecentar la cultura de liceanos o universitarios, podría realizarse algo semejante en partidos o en sindicatos. Sé perfectamente que mucho de esto ya está puesto en marcha, pero no huelga el acentuar su importancia. Pero, además —y creo que esto que voy a señalar es urgente— en dondequiera que exista un grupo organizado que pueda ser objeto de la acción educativa del Estado, importaría aclarar, vulgarizar, si se quiere, hacer materia de constante reflexión, y hasta de objetivación ejemplificadora, el cuerpo de anhelos, principios, ideas que sustentaron y presidieron la formación de la nacionalidad venezolana. Los ideales de libertad y de igualdad, por ejemplo, fuentes y bases de la democracia universal. Todo eso, como digo, habría que convertirlo en alimento fácilmente digerible para todas las clases. Ofrecerlo en la Universidad como en el sindicato, en el partido político, en la escuela primaria y en la artesanal, y en el liceo: y en todas partes.